

Los bordes de la letra

Ensayos sobre teoría literaria latinoamericana
en clave cosmopolita

Alejandro Fielbaum S.

ALMENARA 

CONSEJO EDITORIAL

Luisa Campuzano	Waldo Pérez Cino
Adriana Churampi	Juan Carlos Quintero Herencia
Stephanie Decante	José Ramón Ruisánchez
Gabriel Giorgi	Julio Ramos
Gustavo Guerrero	Enrico Mario Santí
Francisco Morán	Nanne Timmer

© Alejandro Fielbaum S., 2017

© Almenara, 2017

www.almenarapress.com

info@almenarapress.com

Leiden, The Netherlands

ISBN 978-94-92260-18-5

Imagen de cubierta: Gautier d'Agoty, 1748.

Wellcome Library, London

All rights reserved. Without limiting the rights under copyright reserved above, no part of this book may be reproduced, stored in or introduced into a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise) without the written permission of both the copyright owner and the author of the book.

SUBMEMORIAS DEL DESARROLLO.
LITERATURA Y MEMORIA EN LA ENSAYÍSTICA
DE SILVIANO SANTIAGO

Una paletada le echó el panteonero;
luego lió un cigarro; se caló el sombrero
y emprendió la vuelta...
Tras la paletada, nadie dijo nada, nadie dijo nada...

Carlos Pezoa Véliz (2008: 68)

LAS MIRADAS DEL OLVIDO

Depositario individual de la contradictoria memoria de la clase alta destronada tras la Revolución Cubana, el narrador de *Memorias del subdesarrollo*, breve novela escrita por Edmund Desnoes, destaca la inminencia de la mirada como la particularidad de la mujer cubana. En la clásica y notable versión fílmica de Tomás Alea Gutiérrez, esa reflexión transcurre en una librería. En ella se da el fortuito encuentro entre el personaje y una mujer poco atenta a los textos de Martí y del marxismo soviético que abundan en los estantes. La mujer, en el espacio letrado, no mira las letras, sino al intelectual que las lee.

De acuerdo al personaje, el saber que guardan los libros, minado por la irreductible presencia de la carne, no puede desarrollarse en los trópicos. Incluso ante los libros de los héroes de la Revolución, la reverencia del silencio es interrumpida por la excesiva cercanía de los cuerpos. Basta con mirarse para que el cuerpo ajeno altere la eventual concentración en el propio saber, según concluye el protagonista, puesto que la vista en el trópico posee una seductora indiferencia respecto a otros sentidos: «Aquí las mujeres te miran a los ojos, como

si se dejaran tocar con la mirada», dice el personaje en el filme, alterando de modo sutil el relato escrito por Desnoes (1980: 12).

Mientras el ojo del desarrollo desea distanciarse de lo observado para poder determinarlo al mirar, gracias a una conciencia que no se deja afectar por lo mirado, la mirada en el subdesarrollo no es capaz de controlar siquiera al cuerpo desde el que mira. Mucho menos, por ello, de recordar lo visto. El protagonista, de hecho, se queja con frecuencia de la incapacidad de retención mental de sus compatriotas, que alcanza por igual a quienes apoyan la Revolución y a los de su propia clase derrotada. Ni siquiera cuando se encuentra con los escritores halla algo de interés, de modo tal que prefiere hacer como si no los viera (Desnoes 1980: 69), para poder seguir viendo aquello que sí guarda algo de saber.

Si la presencia de la mujer impone la necesidad del contacto visual, la del escritor marca la del deseo de no mirar, para poder no saludar y seguir leyendo los libros extranjeros que se contraponen con la ignorancia circundante. Y es que el pueblo cubano –confiesa el personaje– no deja nada por recordar. Al no recordar nada, no logra construir ningún tipo de saber con el que pudiera surgir, a futuro, el desarrollo:

Una de las cosas que más me desconcierta de la gente es su incapacidad para sostener un sentimiento, una idea, sin dispersión. Elena demostró ser totalmente inconsecuente. Es pura alteración, como diría Ortega. Lo que sentía ayer no tiene que ver con su estado de ánimo actual. No relaciona las cosas. Esa es una de las señales del subdesarrollo: incapacidades para relacionar las cosas, para acumular experiencias y desarrollarse. (Desnoes 1980: 44)

La fabulación de la subjetividad del personaje es tan rica como tensa, puesto que desea una memoria que no puede desarrollarse ante un subdesarrollo que no deja nada para recordar. Para que haya memoria, sugiere el personaje, debe haber desarrollo. La falta de sujeto

en un presente puro de los cuerpos no puede recuperar lo que observa con el cuerpo, hasta el punto de perder la propia lengua y con ello la posibilidad de contar, en el futuro, con recuerdos: «No puedo decir que gobernaban porque no tenían idea lo que era una clase dirigente. Jamás leían un libro; creo que una vez oí decir a Mestre que había leído un libro muy interesante: *The Revolt of the Masses*; había leído a Ortega en un libro de bolsillo, eso no era lo malo, y en inglés, eso sí es el colmo» (1980: 23).

En tal sentido, resulta difícil considerar, como lo hace Emir Rodríguez Monegal (1975: 585), que la obra de Desnoes levanta la figura del intelectual de manera especular. Pareciera tratarse, antes bien, de la exposición del carácter constitutivamente fallido de esa operación, puesto que el personaje carece de una formación cultural que le brindase un espejo en el cual poder verse sin ser tocado, y tras ello poder recordar alguna imagen culta de sí mismo. En efecto, el narrador escritor reconoce haber empezado a olvidar el francés y a eructar el café que toma en la mañana (Desnoes 1980: 65). Sin la noticia de una cultura por interiorizar, la novela presenta la impotencia del escritor de una clase alta latinoamericana que carece de una tradición que recordar, una tradición en la que inscribir su obra.

Para Rodríguez Monegal, por el contrario, puede que un escritor en 1965 (año en que Desnoes publica su novela) se reconozca en su obra, porque asume que las naciones latinoamericanas ya cuentan con el desarrollo imprescindible para crear y luego forjar su memoria. Desde su punto de vista, dicha tarea ya la habrían realizado las generaciones previas, de modo que la crítica al desarrollo, incluso décadas atrás, sería excesiva. Por este motivo, Rodríguez Monegal critica a Rodó, a quien rescata como antecedente, por su supuesta caricaturización del utilitarismo estadounidense (1967: 102). Más que la crítica al desarrollo ajeno, lo importante para Rodríguez Monegal es el desarrollo cultural propio que Rodó e intelectuales posteriores logran crear, para que en el futuro pueda haber desarrollo y así, también, memoria del desarrollo.

De acuerdo al crítico uruguayo, es Borges quien alcanza lo deseado, al punto que no sólo puede leer las letras europeas que en la ficción de Desnoes son ajenas al público, sino que además puede invertir la relación y ser leído por los hombres más altos de esas tradiciones (véase Rodríguez Monegal 1972). Destaca que mientras Borges no ha leído a Sartre y Derrida, los más importantes intelectuales franceses se fascinan con Borges, en cuya obra Rodríguez Monegal busca –no sin tosquedad, por cierto– algunas afinidades con la deconstrucción que ven los franceses, y que Borges, en su ceguera, no quiere ver¹.

LA CEGUERA LITERARIA

Justamente a propósito de la ceguera, pocos años después de la muerte de Rodríguez Monegal, Derrida brinda breves reflexiones sobre Borges. En ellas sitúa su obra en la relación entre ceguera, noche y sueño que inaugurara Homero, y que pasa por Joyce y Milton. La literatura –deja entrever el argelino– surge con una forma singular, elusiva, de mirar sin poder mirar, lo cual abre la opción de insistir en lo que no se puede mirar. Deposita su singular mirada, por así decirlo, más allá de la mirada y lo que de ella se ofrece a la vista.

Si los autores no se saludan entre los libros, no es por desviar la mirada del cuerpo ajeno. Más bien, se debe a que la lógica que podría tener su encuentro, sin encuentro, es la de un mirar más allá, dándose a recordar una promesa distinta a la del desarrollo. Recuerdan, por así decirlo, lo que no han visto. Su memoria, antes que reafirmar el saber logrado, interrumpe su experiencia. En lugar de vincular memoria con desarrollo y olvido con subdesarrollo, la literatura instala la posibilidad (que habitan Desnoes y tantos más) de la ficción como

¹ Véase, al respecto, Rodríguez Monegal 1985 y 1987.

recuerdo de aquello que la linealidad del desarrollo debe olvidar, como memoria de otros tipos de memorias y desarrollos.

En esa imprecisa dirección, el recuerdo que la literatura inventa no es el de una memoria que defienda la experiencia del mundo. Esto no significa que la literatura sea una ilusión ajena a la historia; más precisamente, su mirada sobre la historia ha de ser opaca. Mientras la historia busca narrar lo ausente de alguna manera fidedigna, la literatura lo hace a través de una ilusión cuya relación con el mundo se juega en el espacio de la ficción, lo que abre una fidelidad más incierta y exigente. La ceguera literaria, por ello, es la que nombra al mundo anulando la certeza de su existencia, partiendo por la de quien firma.

Una conocida escena homérica instala con singularidad e inteligencia la alternativa de la desidentificación de quien se da otro nombre para eludir la mirada ajena. Nos referimos, como es predecible, a la lucha de Ulises contra Polifemo, en la que la astucia del protagonista lo hace presentarse bajo el nombre de *nadie* o *ninguno*: nombre sin clara referencia y referencia sin nombre preciso que desanuda el lenguaje y la realidad presente abriendo la posibilidad de la literatura. O sea, de un discurso que se autoriza en el cortocircuito entre el nombre y la referencia, ya que no tiene nombre para presencia alguna. Su nombre anula la certeza de la referencia.

En su ceguera, Homero inventa una historia que tematiza el gesto de inventar otro nombre para desviar una realidad que amenaza la supervivencia. He ahí el singular triunfo de un personaje que decide anularse para subsistir a través de un golpe cuya proveniencia su enemigo no logra identificar. Como es sabido, tras recibir el certero golpe en el ojo, el cíclope clama por la ayuda de sus pares que, ante la singular nominación del héroe, no puede llegar: «Ninguno me mata por dolo» (Homero 2003: 239).

La paradójica astucia de Ulises es la de nombrarse eludiéndose, puesto que se da un nombre que no lo dota de identidad. Todo lo

contrario, anula toda eventual identidad. Derrida (1993: 88) comenta que, al presentarse, se borra: *ninguno*, por tanto, es alguien, acaso algo, pero cualquiera.

Su ademán habilita la opción de no seguir leyendo a *nadie* o *ninguno* desde un modelo negativo (*nadie* como la falta de alguien, *ninguno* como la falta de alguno), sino como una realidad de la que no hay más dato que la borradura de toda singularidad certera (*nadie* o *ninguno* como algo que no tiene nombre). *Ninguno*, entonces, se puede nombrar sin poder delimitar, con su nombre, su objeto. No dice más –ni menos, ni mucho menos– que un nombre anónimo que puede entenderse, como lo hacen los otros cíclopes, como la falta de alguno, pero que también puede comprenderse como cualquiera, sin más certeza que un nombre que no asegura su referencia en un mundo que deviene enigmático.

Una lectura positiva de *ninguno* permite pensar en la necesidad de la memoria ante la oportunidad del olvido. Es porque puede creerse que no es sujeto alguno que se lo puede olvidar, asegurando que no hay olvido al decir, por ejemplo: *nadie ni nada está olvidado*. Quien conozca un mínimo de las demandas por las políticas de la memoria en el Chile reciente sabe que esa frase es corriente, mediante una lectura que cree que no existe alguna persona o algún objeto que haya sido olvidada u olvidado. El problema de ese argumento es que supone –como el desarrollo– que se puede asegurar un recuerdo. Frente a la desmemoria del desarrollo neoliberal, aspira a una memoria del subdesarrollo, una memoria más completa debido a que sería capaz de recordar sin pérdida lo acontecido. Y acaso así poder gestar, desde el desarrollo de la memoria, una posterior memoria de un nuevo tipo de desarrollo, compatible con la memoria.

La lectura positiva de la frase en cuestión –que insiste en que sí hay algo y alguien que está olvidado– no deriva en una defensa del olvido. Por el contrario, asume que porque se puede olvidar es que se debe recordar. El anonimato de los cuerpos violentos clama, en oposición

a la desmemoria de los cíclopes, por que *ninguno*, es decir, cualquiera, sea recordado. Esa indeterminación abre el infinito combate a la desmemoria que supone que el desarrollo puede transformar a ninguno en alguien, al cuerpo sin nombre en parte de una comunidad mayor que podría darle su nombre de modo retrospectivo.

Si la dialéctica progresista establece que la historia reencuentra el desajuste entre el nombre y el objeto, la interrupción de la dialéctica impide pensar una restauración de la identidad en un futuro en el que todo se recuerde. El peligro de la fe dialéctica está en contentarse y decir que, *ahora sí*, nadie está olvidado, olvidando los olvidos. Ante esa estrategia del relevo debe insistirse en los nombres sin referencia, sobre todo cuando no queda más que el nombre para seguir recordando un cuerpo del que no se puede recuperar más que su nombre y la promesa de justicia que abre; cuando ya no son los cíclopes, sino los *ningunos* quienes claman por el reconocimiento de la violencia y por la justa e imposible reparación de lo acontecido a los *nadie*, como bien llama Galeano a quienes tienen número sin nombre y brazos sin rostro: «Los nadies, cuestan menos que la bala que los mata» (2000: 59).

SILVIANO SANTIAGO Y EL RECUERDO DE LO INOLVIDABLE

En ese sentido, urge otra mirada que pueda pensar la memoria entre el olvido, en particular cuando ya no está el cuerpo que garantizaría su recuerdo y ya no resta más, ni menos, que la ausencia que marca el imperativo del recuerdo. De ahí que, en las últimas décadas, algunos intelectuales latinoamericanos hayan intentado reflexionar sobre los olvidos que subyacen a pasadas y recientes formas de desarrollo en Latinoamérica².

² Evidentemente, son muchos los autores que aquí podrían abordarse. Si nos parece interesante presentar el trabajo de Santiago no es sólo porque es hace

Entre ellos se encuentra Silviano Santiago, quien en su productiva relectura de la vanguardia modernista brasileña rescata la torsión a la tradicional retórica de la *saudade* del escritor americano. Mientras esta última tendía a lamentar la ausencia de Brasil en Europa y viceversa, el modernismo brasileño olvida ese olvido señorial para imaginar otras pérdidas por recordar. Si la *saudade* es, de acuerdo a la bella definición de Guimarães Rosa que Santiago evoca, «ser después de tener» (2004a: 20), ante ese sentimiento impera una memoria que permita sobrevivir en la pérdida, irreductible a cualquier objeto que se presente, a cualquier melancolía delimitada a uno u otro objeto. Para esa ética del recuerdo infinito, debe subsistir el recuerdo de lo prometido antes que de lo logrado y lo perdido. Quizás, por ende, nutriéndose de una memoria de lo que no se ha tenido y se debe tener para, sin tener, poder seguir siendo, aspirando a poseer lo que excede toda posesión y toda imagen del propietario.

Esa afirmación de la promesa de lo que no se ha tenido abre la alternativa moderna de la literatura, inédita en Brasil hasta la llegada del modernismo. Con ella emerge una memoria que puede recordar algo más que el subdesarrollo existente o la promesa del desarrollo programado después de ese subdesarrollo, ya que retoma el recuerdo

muy poco que su obra ha comenzado a ser leída y traducida en Chile, sino también porque su defensa de la literatura reelabora una relación entre memoria y testimonio desde la que puede leerse la historia de la literatura latinoamericana, sin limitarse a los conocidos testimonios acerca de los cuales gira buena parte del debate actual acerca de la relación literatura-memoria. En ese sentido, bien se podría acompañar lo aquí descrito con algunas ideas de Beatriz Sarlo, quien ha trazado interesantes y discutibles argumentos contra la reciente primacía del testimonio. Tampoco está de más explicitar que la posición de Santiago que reconstruimos no se basa en relaciones que, en su amplia y prolífica ensayística, él haya tematizado. Antes bien, es fruto de lo que nosotros, en cuanto lectores, podemos hilvanar. La opción que sus textos brindan para este ejercicio, o tantos otros, ratifica su riqueza.

de una tradición ausente. Y abre, con ello, la tradición a una traducción que interrumpe cualquier linealidad en la tradición.

La estrategia antropofágica que instala el modernismo busca cortar, en efecto, con lo que Oswald de Andrade llama, en su singular lucidez, la «memoria fuente de costumbre» (1979: 71). Contra el deseo de la memoria del desarrollo que condena al escritor brasileño al subdesarrollo, aspira al desarrollo de otra forma de memoria. Esto explica que la preocupación modernista por la memoria requiera de la infidelidad con los recuerdos imperantes para poder ser fiel al recuerdo de múltiples tradiciones con las cuales forjar la modernidad literaria.

No es extraño, a partir de lo expuesto, que Santiago (1982a) rescate de Mario de Andrade la figura de la «traición a la memoria». Quien conozca la obra de este último –en particular, sus reflexiones musicológicas, entre las que Santiago da con aquella frase– sabe que poco podría haber allí de una absoluta desconsideración hacia el pasado. Y es que la lectura que brinda Santiago de la vanguardia insiste en que su desarrollo no es el que corta con la tradición, sino que, en su lugar, reelabora de otro modo la experiencia, ofreciendo la alternativa de otra memoria. Según el *mineiro* (Santiago 1982b), de hecho, el modernismo alcanza su mejor trabajo crítico en la literatura memorialista.

Lo aquí problematizado –no está de más explicitarlo– trasciende una eventual discusión relativa a la historiografía literaria brasileña, ya que indica las tensiones que abren lo que puede seguir llamándose, sin certeza, la literatura. Desde la perspectiva de Santiago, el poema nace de esa productiva memoria traicionada. Es porque no se tiene el dato que autorizaría la narración realista que puede surgir la escritura literaria. El poema –indica– siempre se escribe después del acontecimiento, gracias al recogimiento del ser en la memoria de lo ido.

Se entrevé, entonces, que sin la diferencia entre lo recordado y su recuerdo no se podría escribir literatura; y que es por esa distancia que

la escritura no puede recuperar la experiencia ni dejar de escribirla, de forma tal que la literatura sería esa inquietante experiencia de la imposibilidad de escribir la experiencia³. Su escritura, simultáneamente, elabora e impide la consumación del duelo, al remover con una escritura siempre singular la ausencia que se invoca:

Escribir poemas. Desenterrar y resucitar paisajes, desenterrar y resucitar cadáveres, desenterrar y resucitar recuerdos, desenterrar y resucitar emociones, desenterrar y resucitar anotaciones, desenterrar y resucitar lecturas, y así *ad infinitum* –he aquí el trabajo religioso y sacrílego del poeta con las palabras. (2006b: 360)

La inscripción del sujeto en la escritura, por tanto, no se juega en la presentación del objeto del poema. Antes bien, remite a la manera en que el sujeto trabaja una experiencia con la que no puede dar. En consecuencia, para Santiago, el poema siempre resulta alegórico, por lo que su rendimiento político varía en función de su oscilación entre alegorías impersonales, subjetivas o sociales.

Es predecible que el concepto de alegoría que utiliza Santiago remita a Walter Benjamin, cuya reflexión acerca del vínculo entre narración y experiencia es releída de modo crítico por el brasileño para pensar en nuevas modalidades de escritura. Si para Benjamin –en la lectura de Santiago– la crisis contemporánea de la experiencia moderna amenaza la continuidad del narrador moderno que narra la experiencia, la estrategia posmoderna sería la de la narración desde la falta de experiencia propia. Es aquella condición la que abre, para Santiago, la necesidad de narrar la historia de otro.

³ De esto no se sigue, por cierto, una distancia clara entre escritura literaria y no literaria, una distancia que permitiese así pensar en una escritura tranquila ajena a la literatura. Al contrario, se abre la necesidad de pensar la inquietante imposibilidad de una escritura cierta allí donde ésta quisiera, dicho de forma ingenua, ser no literaria.

Ante la falta posmoderna de experiencia, explica Santiago, los medios de comunicación de masas inventan experiencias sin asumir el carácter inventivo de su discurso. Su deseo realista consume, en ese sentido, la falta de experiencia del presente. Suplantando a quien podía narrar cuando la experiencia aún era posible, narran su falta de experiencia como si fuese experiencia y deniegan la alternativa de otra narración que inscriba de otra forma la inexperiencia en la letra. Su desarrollo aspira a recordar todo porque ha olvidado la promesa de lo inolvidable

Mientras en la narración modernista el quiasmo entre política y literatura produce una escritura que no puede desligarse de una y otra esfera (Santiago 2004: 69), la política del narrador posmoderno –y, por cierto, su límite– es la defensa de la literatura en cuanto tal, en una esfera pública que amenaza la posibilidad de la literatura, dada la insistencia massmediática en efectos de realidad que la política debe asumir y la literatura descreer. Ante la hegemonía de la narración noticiosa que cree dar con la experiencia, la literatura insiste en otro modo de narrar que cuestiona la correspondencia entre el nombre y la cosa.

En este escenario, la estrategia literaria no puede ser la de recordar más, sino la de hacer la memoria de lo que subyace a toda memoria, a saber, la equívoca relación entre el recuerdo y lo recordado. Ante la falta de una experiencia que pudiese confirmarse en la narración, se abre la opción de seguir narrando. En lugar de intentar la reconstrucción de la experiencia, el narrador posmoderno ha de trazar otra estrategia que la del memorialista moderno. Sin nada que decir, la suya es la segura inseguridad en la palabra en un mundo donde la certeza del vínculo entre palabra y objeto se ha desplomado.

Habida cuenta del exceso de información sin experiencia es que la narración posmoderna, al no poder aportar ningún dato, se expresa en su propia impropiedad, sin hacerla pasar como experiencia propia. Narra para testificar la posibilidad de narrar, incluso en la pobreza

de la experiencia. Insiste en la experiencia de la palabra, pero no para confirmarse como información, pues su trabajo es el de suturar todas las potenciales certezas acerca de sus referencias: «Hay un aire de superioridad herida, de narcisismo descuartizado en el narrador posmoderno, impávido por ser aún el portador de la palabra en un mundo donde ella poco cuenta, anacrónico por saber que lo que su palabra puede narrar como recorrido de vida tiene poca utilidad» (Santiago 2002c: 56).

Recién con ese paso podría aparecer lo que Santiago destaca como la «ficción pura», por parte de quien sabe que toda figura de la realidad es una construcción de un nombre que no puede dar directamente con su referencia. Como si, con la falta del dato de la historia, comenzara la literatura. Por lo mismo, poca pureza podría guardar ese nombrar que al desenterrar nada resucita con certeza.

RECORDAR A NINGUNO

Las reflexiones recién consignadas guardan particular importancia cuando la experiencia que se debe recordar es la de quien no puede dejar su recuerdo. Si las posdictaduras latinoamericanas se han caracterizado por las amnistías y desmemorias que Santiago (2004: 148) bien cuestiona, la defensa de la literatura deviene insustituible para imaginar las memorias cuya desaparición impide su transformación en información que podría confirmarse, y que obligan a imaginar un recuerdo más allá de la triste lógica de la información.

Frente a la desmemoria del desarrollo, la literatura elabora el recuerdo de la violencia que el desarrollo olvida, desde los más tempranos procesos de modernización colonial hasta las tentativas contemporáneas del neoliberalismo, ante las cuales escribe el narrador que Santiago caracteriza como posmoderno. Si la característica del totalitarismo es su deseo de no dejar siquiera huella, deviene impres-

cindible el paso por la literatura (el no paso por la literatura, para ser más preciso en la imprecisión) como estrategia de rescate, contra el olvido, de los crímenes que han impuesto su desarrollo. De ahí la importancia de la ficción para recordar aquello que ha acontecido sin que pudiera confirmarse en algún tipo de información:

Esta despreocupación con la «veracidad» del relato, perdonada incluso por el historiador interesado por una historia «de los vencidos», será mucho más interesante para el crítico literario, por el estrecho callejón de desprecio a la veracidad que se comunican entre la ficción y la autobiografía, el fingimiento y el relato personal, la narración [*estória*] y la historia [*história*]. (Santiago 2002b: 40)

La defensa que hace Santiago de la literatura parece imprescindible para no olvidar. Aún más después de algunos reconocimientos oficiales por parte del Estado que permiten creer que ahora sí que ya nadie está olvidado. Frente a esa tranquilidad del dato, huelga imaginar las memorias que han desaparecido, que no pueden entrar al reino de la información y que claman por la ficción para ser recordadas, en una lectura que desdibuja toda memoria del desarrollo para permitir imaginar, desde sus escombros, otros desarrollos de la memoria. Bien lo entendió Blanchot, al sopesar la seriedad que instaura el juego literario, especialmente cuando más problemático resulta su estricto carácter lúdico: «anuncia la felicidad y la inocencia de la lectura que tal vez sea, en efecto, una danza con un compañero invisible en un espacio separado, una danza dichosa, apasionada danza con la “tumba”. Ligereza a la que no hay que desear una preocupación más grave, porque allí donde la ligereza está dada, la gravedad no está ausente» (2002: 177).